

*Cupido de Praxiteles*, llamado el Genio del Vaticano;—su *Apolo* y su *Venus*, que son dos maravillas, copia la segunda de la famosa *Venus* del Guido;—la renombrada estatua de *Meleagro*, y mil otras obras maestras que ni nombrar me es dado; pero que en otro cualquier museo serian objeto principal del culto de los artistas.

Y nada digo de los vasos etruscos, cuyas pinturas son otros tantos poemas, ni de las urnas y pilas de pórfido y otras riquísimas piedras que demuestran el grado de lujo y esplendor á que llegó el regalo de los antiguos; ni de las preciosidades artísticas y curiosidades históricas que encierra el Museo Egipcio... El Vaticano es interminable, indescriptible: ¡museo digno de Roma... y esto lo dice todo!

¡Oh! ¡Cuánto mas fácil y definitivo, siquier mas lento, hubiera sido el triunfo del cristianismo sobre el paganismo (me refiero solamente á las formas exteriores), si en vez de implantarse en Roma su centro de accion se hubiese implantado en España, en Francia, en cualquiera otra nacion de Europa que no fuese Italia ni Grecia!

En Roma, si bien hirió á la gentilidad en el corazon, tuvo que luchar con ella, como con una hidra, cuyas cabezas se centuplicaban á sus golpes...

El *Renacimiento* (esto es, el triunfo del ideal terreno del arte antiguo sobre el espiritualismo sublime de los artistas y de los escritores ascetas) fue contemporáneo de la *Reforma*.

Y la lucha sigue.

8 de enero.

Amigo mio: da por terminadas mis cartas de Roma.

Mucho mas he visto; mucho mas he pensado y sentido en la gran ciudad; pero no me es dado escribirtelo; me aqueja la premura del tiempo y me lo impiden respetables consideraciones.

En cuanto al sermon que te habia prometido predicar en Roma... Ya lo leerás al fin del libro en qué figurarán estas cartas.

Allí hablaremos largamente de política.

Ahora solo pienso en mi próxima salida para Nápoles, para la hermosa Nápoles, término de mi larga peregrinacion.

## CAPITULO ULTIMO.

# NAPOLES.

### I.

De Roma á la frontera napolitana.—Terracina.—Gaeta.—Un obstáculo imprevisto.

Terracina, 9 de enero.

Héme en *Terracina*, en la última ciudad de los Estados Pontificios, á media legua de la frontera napolitana.

Acabamos de llegar. Son las once de la noche. Vamos á descansar algunas horas, y mañana por la mañana saldremos para Nápoles.

Dioscoro Puebla, uno de los artistas pensionados por el gobierno español en Roma, y de quien ya te he hablado en mis anteriores cartas, forma parte de la expedicion. El se volverá á Roma desde Nápoles: los demás regresaremos á España.

Creo inútil decirte que *los demás* somos Caballero, Jussuf y yo.

Nuestro viaje de Roma á Terracina apenas es digno de mencion, despues de la descripcion minuciosa que tengo hecha de lo que es una marcha en posta por el Estado Romano.

A *mezzo-giorno*, esto es, á las doce del dia, salimos hoy de la ciudad eterna, por la puerta *San Giovanni*, Jussuf encargado siempre de la galga ó *scarpa*, Caballero, Puebla y yo cómodamente arrellanados en una inmensa y sólida carretela, dentro de la cual quedaba sitio para el consabido cesto de provisiones.

Cruzamos la campiña romana, triste, solitaria, llena de ruinas. Torné á ver á Albano, donde llamó mi atencion el contraste que ofrecian los soldados franceses con los soldados napolitanos que se han refugiado en este pais, despues de las derrotas del Volturno; aquellos equipados lujosamente, estos mise-



rables y desarrapados; los unos ébrios; los otros pálidos y desfallecidos: pasamos un hermoso puente que une á Albano con Ariccia, desde el cual descubrimos una hermosa vista, que comprendía: una llanura suave y melancólica, un horizonte de mar, limitando el paisaje á nuestra derecha, y á la izquierda, los frondosos montes Albanos, á cuya falda se veían blanquear mil ruinas hasta de ciudades enteras: gozamos luego de una sublime puesta de sol en el mar, bajo un pabellon de rojizas nubes, y á la luz del crepúsculo, en el solemne silencio que nos rodeaba, contemplamos con infinita tristeza y honda compasion aquella tierra solitaria que íbamos cruzando, apestada y bella como la infortunada Pia, y en que no se notaban otras señales de vida, que algunas pjaras de búfalos revolcándose en el cieno de los fétidos pantanos.

Ya de noche pasamos por *Velletri*, patria de Augusto, antiquísima ciudad, cuyas mujeres tienen reputacion de muy hermosas, y donde, al decir de Puebla, que conoce palmo á palmo los alrededores de Roma, quedan muchos, muchísimos recuerdos de la ocupacion española de 1849... tanto que los franceses, para embromar á aquellas beldades, las llaman *Margaritas*... epígama que no entiendo.—Allí mudamos tiro, y por cierto que el maestro de postas nos declaró, casi con las lágrimas en los ojos, que nuestra silla era la primera que pasaba por la ciudad despues de la Noche-Buena. Tambien nos ha anunciado que probablemente no nos dejarán los piemonteses cruzar la frontera napolitana; pero nosotros hemos seguido adelante, primero, porque tengo una carta para Cialdini, y segundo, porque en Roma nos han asegurado que hay armisticio entre los sitiadores y los defensores de Gaeta.

En las demás paradas los dueños de los *Albergos* nos han pedido, como se pide una limosna, que entrásemos en sus establecimientos, que pasásemos allí la noche, ó que á lo menos hiciésemos algun gasto, pues se hallan en la última miseria á causa de la interrupcion de las comunicaciones. Los postillones, por su parte, al darnos las *gracias* por la propina, ó sea por la *buona mano*, nos confesaban que en todo el invierno solo han comido achicorias.

Mas no creas que semejante estado de indigencia se limita á los que viven de los forasteros. Todo el pais pontificio presenta el mismo aspecto de desolacion y ruina, no solo á consecuencia de la guerra, sino porque sus habitantes fueron siempre tan pobres como su suelo, y tan apáticos y enemigos de trabajar como reacio su gobierno en emprender reformas y obras públicas. Asi es que por donde quiera que hemos pasado, nos han acometido verdaderos enjambres de pordioseros, los cuales, dicho sea de paso y para satisfaccion de tus ilusiones poéticas, nos tuteaban familiarmente, no por espíritu democrático de nuestros dias, sino á la manera clásica, como los antiguos romanos tuteaban á sus señores, ó tal vez como los primitivos nazarenos, declarados hermanos por Jesucristo.— ¡Oh! Italia revela á todas horas su decrepitud. Italia es la horrura de un mineral fundido ya dos veces... Italia ha vivido demasiado para ser hoy feliz.

Departiendo acerca de estas cosas y otras que no son de este lugar, hemos pasado por los encinares de *Cisterna*, albergue de bándidos desde la anti-

güedad hasta nuestros dias, y por la *Torre de Trefonti*, donde hemos mudado tiro.



Molino y horno en Pompeya.

Allí empiezan las célebres *Lagunas Pontinas*, que se extienden hasta la ciudad en que te escribo, ó sea por un espacio de ocho leguas de longitud y tres de máxima anchura. Sus aguas estancadas producen la *malaria*, cuyo tremendo azote ha despoblado completamente toda aquella region, en que hubo en otro tiempo nada menos que treinta y tres ciudades.



Finalmente, á las diez y media de la noche hemos llegado á *Terracina*, segundo puerto de mar de los Estados Pontificios, albergándonos en el *Hotel de la Posta*, desde cuyos desmantelados salones oigo los bramidos del líquido elemento, que se halla bastante encolerizado.

Aquí nos han vuelto á anunciar que es muy posible que los piemonteses no nos dejen pasar la frontera napolitana; pues desconfían de todo el que se dirige, procedente de Roma, al teatro de los sucesos.

El campamento de los sitiadores de Gaeta dista unas tres leguas de *Terracina*: la plaza sitiada se ve perfectamente, según nos dicen, desde el muelle de esta ciudad.

También nos han asegurado que ayer al medio día sonaba todavía el cañón por aquella parte y se percibía el humo de la pólvora en el cielo que cobija á Mola.—¿Si no habrá tal armisticio?

Mañana veremos.

Día 10.

Han pasado veinte y cuatro horas bastante largas, y cátanos todavía en *Terracina*, decididos á volvernos á Roma, y á emprender desde allí el viaje á Nápoles por *Civita-Vecchia* y el mar.

Antes de tomar esta determinación, hemos apurado todos los medios imaginables para continuar nuestra marcha por tierra, ó á lo menos, para no perder lo que llevamos andado y embarcarnos en este puerto con dirección á Nápoles ó á la misma plaza sitiada. Pero todo ha sido inútil.

He aquí lo que nos ha pasado.

Esta mañana al ser de día hicimos enganchar la silla de posta y tomamos el camino de Nápoles, contra la opinión de los habitantes de *Terracina*, que nos aseguraban que tendríamos que volvernos.

El día estaba hermoso; pero la mar agitadísima. La carretera seguía por la misma costa, abierta á pico en las ásperas peñas. A nuestra izquierda veíamos formidables cumbres convertidas en fortificaciones. La rica vegetación que festoneaba los zócalos de aquellos gigantes de granito anunciaba ya la espléndida flora del Mediodía. A lo lejos se divisaban las rocas artilladas que cercan á Gaeta, asilo del valor y la desgracia, último baluarte de una monarquía decrepita.

A la media hora de camino, dejamos los Estados del Papa, y entramos en el reino de Nápoles. En los límites de ambas naciones, había una especie de portazgo, donde un empleado pontificio nos pidió la última limosna por no vernos los pasaportes. Nosotros le preguntamos, en cambio, si nos detendrían más adelante las tropas piemontesas. El romano nos dijo *que no*; é hizo bien...—pues de otro modo no hubiera tenido razón de ser la susodicha limosna.

Un cuarto de legua más adelante, y al pie ya de *Fondi*, primer pueblo napolitano, la carretera, limitada por el Lago de *Fondi* y por unas altísimas rocas, estaba cortada por una alta puerta guarnecida de dos macizas torres artilladas. Llamábase la *Portella*, según nos dijo el postillon, y era la verdadera entrada en el reino de Nápoles.

Este postillon, vestido con su casaquilla corta y con su alto sombrero chapado, era realista de Francisco II y llevaba un miedo cerval.

Llamamos á la puerta: sonó al otro lado de ella ruido de armas, y una voz terrible exclamó en italiano:

—¿Quién vive?

—Una silla de posta que se dirige á Nápoles.

—¿De qué nación son ustedes?

—Españoles.

—No se puede pasar.

—Tenemos una carta para el general Cialdini.

—El general Cialdini está en Mola di Gaeta, y nosotros tenemos orden de no creer en ninguna carta y mucho menos en españoles.

—Entonces quisiéramos ponerle un parte telegráfico al general, y para ello nos permitirá usted subir á *Fondi*.

—No, señor. Lo que se hará será enviarle el despacho al coronel que manda en *Fondi*, y él verá si puede transmitirse al general Cialdini.

Armámonos de paciencia; escribimos con lapiz un parte al general Cialdini, diciéndole que llevábamos recomendaciones del conde de Cavour para las autoridades de Nápoles, y deslizamos el papel por debajo de la *Portella*.

El despacho debió hacerle impresión al oficial de guardia, pues un minuto después oímos estas órdenes:

—¡A escape! ¡Rebiente usted al caballo! Y dígame al coronel que estos señores, con harto sentimiento mio, están esperando al otro lado de la *Portella*.

A cuyas palabras siguió el rumor de un galope desesperado.

Nosotros sacamos nuestras provisiones; nos sentamos en el tranco de aquella puerta que daba entrada á un campo de batalla, á un reino hundido, á las regiones calcinadas por el Vesubio, á la *Gran Grecia* de los antiguos, y nos pusimos á almorzar, no sin convidar antes al oficial de guardia, quien nos dió las gracias, asegurándonos que aceptaría con mucho gusto si no le estuviese prohibido, pena de la vida, salir por aquella puerta ó dejar penetrar á nadie.

En cambio sacó una silla, la apoyó contra el porton, y así, espalda con espalda y una tabla por medio, emprendimos una larga y amistosa conversación, en que nos enteró del estado de la campaña.

El armisticio ha sido pura invención de los romanos. Hace cuatro días (el domingo) se dieron tres ataques inútiles á Gaeta, en que murieron muchos piemonteses. La escuadra francesa no se ha marchado, y mientras permanezca delante de la plaza, no se podrá atacar por mar, lo que quiere decir que, sin sin ofrecer socorro ni esperanza alguna á los sitiados, Napoleón prolongará su agonía. Se han repartido en Gaeta raciones para ocho días, y al cabo de ellos, tendrá que rendirse irremediamente, falta de víveres y municiones. Desde hoy empezarán á embarcar la caballería y á trasladarla á *Terracina*, á lo cual no se oponen los franceses. Es el principio de la evacuación. La desconfianza con que se nos mira á los españoles está muy justificada.... A los franceses se les cree



falsos amigos de Francisco II: á nosotros falsos *neutrales* en la cuestion.... Y á este propósito, nos contó el oficial muchas cosas que... no me parecieron bien ni favorables á España.

Esta conversacion me traia el aura guerrera del año pasado. El año pasado, tal dia como hoy, estábamos en el *Campamento del Hambre*. El paraje que me rodeaba esta mañana tenia tambien mucha semejanza con el de Rio Azmir: una montaña; un pantano; el mar á lo lejos; un sol de oro...—Los ecos de la soledad eran asimismo iguales: son de trompetas, ruido de armas, palabras de muerte...—Entre una y otra escena mediaba casi todo el Mediterráneo ¡cuatrocientas leguas de mar...! pero la latitud era la misma; la temperatura idéntica tambien: primavera en Enero... ¡Inolvidables mañanas una y otra!

Volvió el soldado de caballería. El coronel de Fondi se negaba á transmitir el despacho telegráfico.—No habia mas remedio que volver á Terracina, y así lo hicimos.

El resto del dia lo hemos pasado recorriendo esta ciudad, cuyo aspecto romántico, bizantino, muy semejante al de los parajes sombríos y dramáticos de Florencia, no ha sido parte á consolarnos de nuestra desventura.

Al caer la tarde, un vaporcito que habia estado desembarcando caballos procedentes de Gaeta, se dispuso á volver á la plaza sitiada.

—¿Vamos á Gaeta? nos hemos preguntado á una voz.

—Vamos, nos hemos respondido á un mismo tiempo.

Corrimos al muelle: la mar estaba espantosa: el bote del vapor acababa de separarse de la orilla....

—¡Ah del bote! exclamamos:

—¡Bote! ¡Bote! repitieron las gentes del muelle, llamándolo para que volviese y nos llevase á bordo.

El bote no nos oyó: los bramidos del mar se lo impedían...

A esta casual circunstancia debemos la vida Dioscoro Puebla, Caballero, Jussuf y yo.

Cinco minutos despues resonaba un espantoso grito en la playa de Terracina.

El bote habia sido devorado por las irritadas olas.

De los cuatro marineros que lo tripulaban, solo tres pudieron salvarse con auxilio de sus remos. El cuarto desapareció... y ni su cadáver se ha encontrado todavía.

Las tablas del bote sí han sido arrojadas por las olas á los peñascos de la punta del muelle.

Nosotros no hemos podido menos de dar gracias á Dios por todos los sucesos del dia de hoy. ¿Qué significa nuestro contratiempo de esta mañana, comparado con la prodigiosa fortuna que hemos tenido esta tarde?

Adios, pues; nos volvemos á Roma, desde donde iremos en ferro-carril á Civita-Vecchia en busca de un vapor que nos conduzca directamente á Nápoles.

## II.

Civita-Vecchia.—Dos ajusticiados.—El archipiélago partenopeo.—El Vesubio á lo lejos.—  
¡Nápoles!

Civita-Vecchia 12 de enero.

No dirás que pierdo el tiempo. Han pasado dos dias y ya estamos á bordo del *Durance*, vapor francés, surto en el puerto de *Civita-Vecchia*.

Son las cinco de la tarde: dentro de una hora levaremos anclas: mañana nos amanecerá en el golfo de Nápoles, al pié del Vesubio, enfrente de la ciudad *partenopea*.

Caballero y Jussuf se han quedado en Roma: se marcharán por tierra á Turin, donde he prometido estar dentro de veinte dias: Dioscoro Puebla se halla conmigo á bordo.

Nuestro paso por Roma ha sido un sueño: quiero decir, que llegamos ayer á las once de la noche y nos acostamos; que nos levantamos esta mañana á las ocho, y tomamos el tren para Civita-Vecchia sin ver á nadie...—Nos avergonzaba el haber tenido que volvernos desde Fondi, cuando ya pisábamos territorio napolitano.

En Civita-Vecchia nos ha acompañado y obsequiado mucho el cónsul de España, mi antiguo amigo el señor Valladares. El único puerto de los Estados romanos tiene muy poco que ver, y eso poco no lo hemos visto, á causa de la espantosa lluvia que ha estado cayendo toda la tarde.

Sin embargo, llevo un recuerdo inolvidable de la Tiro papal, y es haberme encontrado de manos á boca con el verdugo, que venia, caballero en una mula, y calado de agua, de guillotinar á dos reos políticos.

La suerte de estos dos desgraciados ha sido terriblemente caprichosa. Procesados y condenados á muerte como enemigos del poder temporal de los Papas, iban ya á ser ajusticiados en *Perugia*, cuando aquella ciudad se sublevó é invadió la cárcel, poniendo en libertad á todos los presos políticos. Pero la autoridad romana, que veia venir el motin, se habia anticipado á sacar secretamente de la cárcel, *quinze minutos* antes del alzamiento, á estos dos infelices reos y á esconderlos en otro lugar, desde donde los envió á Roma con el mayor misterio, cuando *Perugia* y toda la *Umbria* formaban ya parte de los dominios de Victor Manuel. Una vez en Roma los dos prisioneros, se han dejado pasar tres meses, y hé aquí que ayer, (¿por qué no mañana?) fueron trasladados á Civita-Vecchia, (ciudad la mas fuerte del Estado romano, copiosamente guarnecida de tropas francesas), con el solo, con el único, con el esclusivo objeto de ajusticiarlos hoy... lo cual se ha verificado sin aparato ni ruido.—¡Y todo por quinze minutos! ¡Y entre tanto, sus compañeros en la prision, sus cómplices en el delito,